

Morir en el adiós

Marlowe



Capítulo 1

Esther regresó a su apartamento agotada pero con un objetivo en mente luego de un día ajetreado en el trabajo. Su jefe, Ernesto Quesada, un hombre arrogante que estaba harto de que no cayera en ninguna de sus seducciones, no había dejado de reprocharla aquel día ante el mínimo yerro que detectaba sagazmente en su puesto como camarera, pues Esther había cometido la imprudencia de negar tajantemente una invitación suya a cenar en su casa en San Isidro, cuando lo que debió haber hecho fue exponer excusas de por qué no podía ir. Esto ofendió muchísimo el orgullo del hombre, que se había propuesto hacerle la vida difícil.

No obstante, a pesar de que se vio tentada a renunciar y largarse de allí cuanto antes, no perdió nunca la paciencia; en parte porque no quería que su jefe obtuviera la victoria y sobre todo porque faltaba poco para fin de mes: el día en que le tocaba cobrar su salario.

Así que decidió firmemente aguantar las sartas de reconvenciones que le dirigía Ernesto a diestra y siniestra, y lo logró con verdadero prodigio, aunque no salió del todo ilesa.

Eran las cuatro y algo de la tarde en San Miguel cuando Esther, recostada en el asiento de un taxi, recordó un disgusto más en su vida: debía cortar con su novio Alonso. El motivo la avergonzaba, pero se decía a sí misma que no podía seguir viviendo con él por más tiempo. El caso es que Esther había descubierto en Alonso una frescura burda y una inmadurez que al principio no había advertido, y que ahora se lamentaba. Alonso "trabajaba" como coach nutricional y tenía una magnífica figura para convencer a la gente que, siguiendo sus consejos se podía lograr un cuerpo esbelto sin el tedio de hacer ningún ejercicio más que con los productos naturales que sugería y aprobaba. Se había ganado rápidamente fama en internet por la convicción con que defendía sus creencias y era seguido por miles de adeptos que querían tener un cuerpo tan marcado como él. Pero la raíz de su éxito radicaba en que sabía como menospreciar e insultar a sus contrincantes que se ceñían a los lineamientos de la ciencia.

Esther, lo reconocía ahora, se fijó más en su figura que en lo que llevaba en la cabeza en el momento que lo conoció; pero fue un error que cualquiera pudo cometer. Los primeros días había sido todo un sueño tenerlo a su lado; se portaba decentemente y con cariño. Salían a pasear a la playa los fin de semana, o iban al cine o a la discoteca. Y en el asunto del sexo era todo un experto. Varias veces llegó al orgasmo con él sin que se lo propusiera, y fue una experiencia inolvidable y la más feliz de su

vida. Pero cuando decidieron vivir juntos, entonces conoció al verdadero Alonso.

“El verdadero -se dijo Esther recalcando esta idea -, no el falso”

Su mirada estaba fija en la ventanilla, por donde se deslizaban casas y edificios a medida que el conductor disminuía o aumentaba la velocidad. Su rostro estaba transfigurado de tristeza y cansancio por lo que tuvo que aguantar durante el día, pero en su mirada había una determinación y coraje inquebrantables.

Se apeó del taxi al llegar a su apartamento, pagó el viaje sacando dinero de su cartera y, luego de cruzar el vestíbulo del edificio, subió saltando de par en par los peldaños de la escalera para poner término a su relación amorosa cuanto antes.

Capítulo 2

Alonso Gutierrez estaba sentado cómodamente sobre el sofá, con el control remoto en una mano y una lata de gaseosa en la otra: cambiaba de canal al instante en que se aburría de un programa. Todo el día había estado en frente de una cámara web, explicando a los cientos de *viewers* que tenía por Facebook la receta mágica de cómo bajar tres kilos en dos semanas con un producto milagroso que le habían mandado desde China. Y para que no dudaran de él, se preparó una infusión con el producto en cuestión y se lo bebió al colete.

“Así, los problemas de engordamiento se nos simplifican de una manera que solo puede hacer enojar a las empresas farmacéuticas y a las gimnasias -dijo en tono altanero en una de sus declaraciones. Pero, viendo que debía tener mucho cuidado con su público, pues no todos eran ignorantes como quería, añadió-: Claro que no es malo de vez en cuando salir a caminar...”

Logró doce ventas aquel día y, si bien esperaba más, el resultado le satisfizo por el momento. Luego de cortar el enlace de videollamada con sus cientos de espectadores fue a la gimnasia a ponerse en forma. Él sabía más que nadie que sus *viewers* que la única forma de conseguir un cuerpo como el suyo era entrenándolo, pero nunca llegó a ruborizarse al recordar las sartas de mentiras que decía. A su modo de ver la mentira era imprescindible para crecer económicamente, y no era el único haciéndolo. Los políticos, la policía, en fin, el Estado también lo hacía. ¿Por qué él no también?

Mientras trotaba sobre la caminadora se fijó inevitablemente en una joven que hacía lo propio a su lado. Le dirigió miradas de soslayo, hasta que al fin la mujer captó el mensaje y detuvo la velocidad del dispositivo. Él también lo hizo.

-No la he visto por aquí-dijo él en tono afable- ¿Es nueva, verdad?

-Sí-dijo ella ruborizándose-. Es mi primera vez en una gimnasia.

-¿Qué quiere conseguir?-preguntó empleando su tono profesional de coach- ¿Perder o ganar masa?

-Perder-dijo, y como reconociéndolo-: ¿acaso no lo he visto a usted antes?

Las mejillas pálidas de Alonso se sonrojaron. Su corazón empezó a latir violentamente en el pecho y se sintió algo así como acorralado. Si aquella mujer sabía quién era estaba perdido. Correría el chisme de que el coach en nutrición que tantas veces había despreciado la gimnasia estaba en

una de ellas, y todo su imperio se vendría abajo por las mismas personas que lo edificaron. Todo dependía de un factor, pero Alonso no sabía cómo actuar.

Pero al ver que la joven vacilaba, tomó el toro por los cuernos y cambió de tema rápidamente.

-¿Está soltera?-esta pregunta había brotado de sus labios inconscientemente. Al instante vio que las mejillas de la joven ardían y que pugnaba por no mostrar una sonrisa que quería salir de sus labios.

-Sí-susurró-. Pero...

-¡Qué bien!-le interrumpió él- Así estará del todo concentrada en bajar de peso. Créame, lo sé por experiencia.

La muchacha se llamaba Teresa. Tenía dieciocho años y un cuerpo esperanzador. Alonso sabía que con un poco de entrenamiento, suplementos y dieta, conseguiría todo lo que se propusiera y sería la mujer más hermosa que habría visto nunca. Por eso no perdió el contacto con ella, y le pidió su número de wassap para así recomendarle productos que facilitarían su objetivo. Ella se lo dio con un poco de rubor, y se besaron en la mejilla en cuanto se despidieron.

De regreso al apartamento, Alonso compró una lata de coca cola en un minimarket y unos cigarrillos marca Chesterfield. Los cigarrillos se los fumó sentado en la banca de un parque, y se bebió la lata de gaseosa, como se sabe, sobre su sofá.